



EDICION DE LUJO.

Dos reales

AL RECIBIR EL NÚMERO.

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON.

EDITORES PROPIETARIOS,
J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

EDICION ECONOMICA.

Un real

AL RECIBIR EL NÚMERO.

Año I.

Madrid 13 de Octubre de 1871.

Núm 2.º

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La viuda del cesante, por Fernan Caballero.—La regla general, por Juan Eugenio Harzenbusch.—La muerte de San Lorenzo, por Hinnova.—En el álbum de Angeles Cárdenas, por Teodoro Guerrero.—El libro del corazón, por D. Ramon Ortega y Frias.—Revista de teatros, por el marqués de San Eloy.—Explicacion de los grabados.—Variedades.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

1.

Al empezar nuestra revista, debemos contestar ante todo á las varias preguntas que nuestras amables lectoras nos dirigen, concernientes á las telas más en boga y á las formas de abrigos.

El saten de lana, la felpa, el terciopelo inglés, el reps y las escocesas, es lo adoptado en general, así como el paño muy fino: este último para vestidos largos, lisos y con *puff*; el bronce, café, vino de Burdeos, granate, verde oscuro y gris-pizarra, son los colores que reinarán sin rival: un modelo bellísimo por su combinación, es un vestido hecho en París de reps gris-pizarra con cinco bieles, color café, así como el fleco que guarnece la falda; á la cabeza de los bieles hay otro más pequeño de raso gris. Segunda falda abierta, larga por detrás y corta por delante: chaquetilla formando cuatro puntas y figurando tercera falda; estos trajes son de mucha utilidad y duracion.

Este mismo modelo podria hacerse en tela escocesa, en popelina ó en lanilla, con fleco más sencillo; pero el que hemos citado era de cordoncillo grueso.

Otro no ménos lindo, y á propósito para jovencita, era de paño color bronce: la falda larga, lisa, y la chaquetilla adornada con felpa negra abierta en corazon, dejando ver el camisolín tableado, cuello vuelto con solapas pequeñas y formando gola por detrás.

El adorno ó berta concluía en punta.

Como modelo de novedad y de extremada distincion, es el que ofrecemos á nuestras lectoras en el figurín en negro que acompaña á este número: nada más aristocrático que ese precioso y rico traje, así como puede hacerse exactamente igual de cachemir negro, con flecos en lugar de encajes. Aquellas de nuestras suscriptoras que deseen obtener el patron, serán complacidas, pues no dudamos que merecerá fijen su atencion.

Y ya que de patrones nos ocupamos, antes de continuar nuestra reseña comunicaremos una idea, que creemos tan útil como agradable.

Las niñas merecen nuestra particular predilección, y comprendiendo que el amor al trabajo debe desarrollarse desde la edad más temprana, hemos creído puede emplearse un medio, que instruyéndolas, las deleite al mismo tiempo, porque ¿cuánto no es el júbilo de esas lindas criaturas, al contemplar á una elegante muñeca vestida con el mismo traje que la dama más distinguida, ó imitando en todo las modas contemporáneas? Su vestido de baile, sus cabellos empolvados, el *puff*, la túnica, los recogidos y hasta los menores detalles que constituyen el buen gusto, se encuentran en la que es la compañera de sus juegos, muda sí, pero querida y predilecta.

Pues bien; cada tres meses ofrecemos dar á las señoras que lo deseen, y que sean suscriptoras por trimestre, un patron de regalo para traje completo de muñeca, con los moldes

asimismo de camisa, enagua, etc. etc.; advirtiéndole, queridas lectoras, que si en ese intermedio desearan complacer á esas vivarachas y graciosas mariposas de las familias, á esos cándidos y fragantes capullos del hogar, con trajes de capricho para que se ocupen en cortarlos y formarlos con sus manitas de hadas, pueden desde luego pedir los moldes que deseen, además del que para obsequiarlas ofrecemos, y dicho esto, continuamos nuestra descripción de trajes.

Túnicas de terciopelo con flecos de felpa, hombreras y beria de esto mismo, hemos admirado, por más que su precio solo esté al alcance de aquellas señoras que poseen grandes fortunas; más modestos, lindísimos modelos de terciopelo, figurando chaquetilla, y de la cual se desprende la sobrefalda de gró, abrigos de castor y cachemira desde ocho duros en adelante, y túnicas bordadas, elegantes, distinguidas y de buen gusto, podríamos ofrecer á nuestras lectoras, además de caprichosas batas de cachemir, negras y de color, desde veinte á treinta y cinco duros, cuyo principal mérito consiste en la novedad.

Los sombreros empiezan á usarse bastante grandes y formando diadema, muy levantados de la frente, y aconsejaríamos que, sobre todo para trajes de etiqueta, se considerasen como los únicos elegantes los blancos ó negros, de terciopelo, con cintas de gró, plumas y flores, con largas caídas, pues hemos visto varios encantadores y de suprema distinción.

Como sombreros redondos, nada más lindo que los de paja color marrón, fieltro ó castor, adornados con terciopelo del mismo color, y otro más claro que lleva por nombre el de una bonita cantante Nilson, y que hace un efecto delicioso.

Otro no ménos bello es, á no dudarlo, uno de castor gris perla, adornado con terciopelo negro, lazos y caídas de esto mismo, y una flor grana en el centro de la copa.

II.

En las noches de invierno es cuando las señoras, y en particular las jovencitas, se dedican á labores caprichosas que recrean y distraen; hemos visto una pelerina de punto de aguja, formando alegrías blancas y azules, y separada por una flor de lis bordada con seda; completaba este abrigo una pequeña capucha forrada de seda malva.

Otro modelo para crochet, era un gabancito ejecutado con estambre alemán color de pensamiento: la manga pagoda y con un gran cuello cuadrado de seda negra. Para niño pueden hacerse de punto de aguja con estambre azul y blanco, formando estrellas sobre fondo liso, y con encaje de lana, también de punto de aguja, cuyos dibujos, sacados en algodón ó estambre, podemos ofrecer á nuestras lectoras.

Las flores de crochet, que forman elegantes cogines, jardinerías y taburetes, son otras de las labores que deben ejercitar las señoritas, pero indicaremos una novedad verdaderamente original y preciosa.

Varias veces he indicado que las colchas y cogines de punto tunecino se hacían, no bordados, pues ya es demasiado conocido, sino labrados con dos ó más colores, y hoy añado que puede hacerse fondo liso de punto tunecino y el dibujo labrado con seda argelina, y cuyo efecto es, no sólo rico, sino muy bonito y elegante, pudiendo servir para muebles, colchas, tapetes y hasta para cortinones.

Nada más fácil que enviar la muestra á toda señora que lo desee; ser útiles es nuestro principal objeto y nuestra continua preocupación.

La Baronesa de Wilson.

LA VIUDA DEL CESANTE,

POR FERNAN CABALLERO.

(Continuación.)

Las almas nobles y delicadas se acostumbran luego á todas las privaciones, incomodidades y humillaciones de la pobreza, pero jamás á los cálculos, tretas é importunidades que engendra en las almas que no lo son, por lo que la po-

bre viuda, que habia caído en una completa apatía en todo lo que no era el temor y la esperanza que alternaban en su corazón, no sabia qué hacer, hasta que una buena mujer, que vivía en la casa inmediata, la que no tenía más que una salita, le ofreció una covacha que habia servido para guardar leña y los aparejos de la burra cuando vivía su marido. La aceptó, como el perdido en un desierto sin encontrar senda, al fin, cansado, se dejó caer en el suelo.

De allí no salía sino para ir á la Iglesia, que aunque perteneciendo á una aldea tan pequeña, era hermosa como casi todas las de España. Allí, postrada ante el altar de una bellísima virgen de *La Esperanza*, era donde únicamente podía respirar, llorar y hallar algún sosiego; muchas veces se ha dicho, pero más veces aún se debe repetir, que la desgracia nos lleva irremisiblemente á buscar consuelo en la religión, que es la única que nos enseña á sufrir con resignación y con fruto; el Señor no ha dicho: «Toma una corona de flores y sígueme;» sino que ha dicho: «Toma tu cruz y sígueme.»

Al pie de aquel altar imploraba, pues, esta infeliz la intervención de la Santa Madre de Dios para con sus hijos por la vuelta del suyo, y la Virgen, que tenía en la mano el áncora, símbolo de la hermosa virtud que le habían dado por advocación, parecía enseñársela y decirle: *Si te faltan las terrestres, nunca te faltarán las divinas.*

Volvióse luego á su covacha. La buena vecina Josefa, el día que tenía que comer le daba alguna pequeña parte; pero el día que no lo tenía é iba á comer en casa de una hija casada, que era tan pobre como ella, la triste viuda no probaba bocado; y días y días se sucedían, y ninguno le traía noticias de su hijo, pero ella no perdía las esperanzas, á lo que la vecina decía: «Por demás está visto que su hijo ha muerto;» pero quién sería tan bárbaro para arrancarle sus esperanzas? ellas la ayudan á vivir: el día que las pierda se muere.

Pero la pobre viuda se iba debilitando por días; andaba doblada, y estaba tan delgada, que sus huesos todos parecían quererse desprender de su cuerpo, y no obstante, se arrastraba al pie del altar.

Un día que el cura, saliendo de la sacristía, atravesaba la iglesia, desierta á la sazón, vió un bulto al pie del altar de la Señora: acercóse, y vió que lo formaba una pobre mujer desmayada.

Llamó el cura á un monaguillo; éste avisó á algunos vecinos, que llevaron á la inerte señora á su casa, acompañándoles el cura, que quedó asombrado al ver la desnuda y triste covacha, que la dueña de la casa indicó como su albergue.

—Josefa, —le dijo el cura, —yo no sabia que esta señora estuviese tan necesitada; ¿cuánto te paga por esa covacha?

—Nada, señor; ¡pues si no tiene para pan, y este desmayo le proviene de necesidad! hace dos días que no come, porque no teniendo yo para mí, no he podido darle un bocado.

El cura se volvió hacia el monaguillo y le mandó ir á su casa y que dijese á su sobrina que acudiese al punto, trayendo un plato de la comida que tuviera preparada para ellos y un bollo de pan.

Al cabo de un rato, la pobre viuda abrió los ojos, y al ver al cura exclamó:

—¡Ay! señor cura! yo pensé que ya el Señor se habia apiadado de mí, y ponía fin á mis sufrimientos! pero no es así; ¡cúmplase su santísima voluntad!

—Pero, señora, —contestó el cura, —¿por qué no ha hablado usted? poco tengo, pero es bastante para impedir que ninguno de mis feligreses se muera de hambre.

Entró en esto apresuradamente una hermosa joven de catorce á quince años, que traía en un plato arroz con tomate, que sin que se lo dijese su tío presentó á la pobre viuda: ésta volvió la cabeza al otro lado.

—A comer, señora, á comer, —dijo el cura; —¡ojalá fuera otra cosa! pero lo que importa es que usted coma; lo contrario sería ofender á Dios y afligirme á mí.

Rosalía, que así se llamaba la sobrina del cura, unió con calor sus instancias á las de su tío, y la pobre viuda cedió. A medida que aquel sencillez, pero sano y caliente alimento, caía en su desfallecido estómago, se iba la desmayada reanimando, y pudo referir al cura su triste historia.

Desde aquel día, este excelente hombre se constituyó con

sus escasos medios en ser el amparo de aquella desamparada; Rosalía, por su parte, se dedicó con aquel tierno y santo amor que inspira la lástima, y que aumentó de día en día el trato dulce y tierno de la viuda, á asistirle, aliviarla y acompañarla cuando caía enferma. Cada día le traía un plato de la comida que ponía en su casa, ya patatas guisadas, ya garbanzos, y de vez en cuando pescado, cuando algún marinero agradecido á los favores del cura, se lo regalaba. El cura reanimaba su abatido espíritu, dándole esperanzas, que él no abrigaba, de que su hijo no hubiese muerto, y que cuando menos lo pensase recibiría carta.

Así pasaron años, sin que se disminuyesen ni se enfriasen, ni en el tío ni en la sobrina, los cuidados, el interés y la caridad, hacia aquella infeliz. ¡Qué de virtudes y qué de buenas obras, calladas, sin pretensiones ni aparato, existen que el mundo ignora!... pero Dios no las ignora.

Toda la noche había estado el cura ayudando á bien morir á un hombre que había tenido una larga y penosa agonía; había ido á la iglesia, en la que había dicho misa, que aplicó por el alma del finado, y entró en su casa rendido de cansancio y de necesidad.

Cuando estuvo en su cuarto, se quitó su viejo manto y su sombrero de canoa, que colgó en una percha; se dejó caer en su tosco sillón de brazos, é iba á dormirse, cuando entró Rosalía, trayendo en una mano un plato de sopas y en la otra un pequeño vaso de vino.

—¡Qué es esto!— exclamó el cura, poco acostumbrado á semejante regalo;—¿de dónde has sacado estas gollietas?

—Hoy son los días del señor Lopez,—contestó Rosalía,—que ha matado una ternera y ha mandado á usted dos libras, y media de tocino, con un jarrito del vino de su viña; puse al instante el puchero para poderle dar un plato de sopas cuando entrase y antes que se pusiese á descansar, pues de ambas cosas tendrá usted gran necesidad.

—Necesidad precisamente, no,—respondió el cura tomando la sopa;—pero me viene bien, Rosalía.

El cura tomó su sopa y su vasito de vino, que aunque ambos, caldo y vino, de inferior calidad, comunicaron á su desfallecido estómago un gran bienestar; dió á Dios las gracias, recomendó á su sobrina que de ambos regalos llevase su parte á la pobre viuda, y habiendo dejado caer su cabeza sobre la almohada que había colocado allí Rosalía, se quedó dormido en un sueño que hizo profundo como el de un niño con cansancio, y tranquilo como un cielo sin nubes, su pura y limpia conciencia.

Dos horas habría que disfrutaba el cura de este envidiable sueño, cuando le despertó una voz desconocida que á la puerta de su casa preguntaba por él. Su sobrina se presentó para decir que estaba su tío recogido; pero ya éste se había levantado, y abriendo la puerta de su cuarto:

—¿Qué se le ofrecía á usted, caballero?—preguntó al ver á un señor joven y bien portado.

—Perdone usted si le incomodo,—respondió el forastero;—pero un asunto del mayor interés me trae aquí para hacerle á usted una pregunta. En este pueblo pequeño es de pensar que tenga usted noticias, de todo forastero que venga á habitarlo,—preguntó el recién llegado.

—Es muy cierto, señor mío.

—Así puedo esperar que me dé usted razón de si vino aquí, hace nueve ó diez años, una señora viuda y sola, que tenía por nombre doña Carmen Díez de Vargas.

El cura miró con ánsia á aquel forastero, y le dijo con emoción:

—¿Le trae usted por suerte noticias de su hijo, que hace nueve años llora por muerto?

—No le traigo noticias, le traigo á su propio hijo, pues ese soy yo. ¿Vive mi madre? ¿Dónde está? ¡Oh! señor, condúzcame usted adonde se halle... no se detenga...

Y el forastero se encaminaba hacia la calle.

—Párese usted,—le gritó apurado el cura.—Su pobre madre está muy delicada; al ver á usted inopinadamente, la sorpresa y el gozo podrían matarla; es necesario prepararla.

Adrian Vargas, pues era él, se sentó muy agitado en una silla, y dijo:

—Tiene usted razón, señor cura; y siendo así, suplico á usted tome el encargo de prepararla. Id, señor cura, id, que esta misión es santa y una de las pocas gozosas que tiene su adorable ministerio.

(Se continuará.)

Grabado número 1.



LA REGLA GENERAL.

Un joven.

Amé á Dios y á mis padres, fui buen hijo, y el Señor en la tierra me bendijo.

Una joven.

De tener buena madre honrarme puedo: Su virtud aprendí, su dicha heredo.

Otra joven.

Me crié sin que á nadie obedeciera: hoy vivo sin salud en la Galera.

Otro joven.

Irreligioso joven, hijo malo, maldito del Señor, muero en un palo.

Regla general.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,

que para ser feliz hay que ser bueno.
El justo goza, los malvados gimen;
¡Dichosa la virtud! ¡miserio el crimen!

Juan Eugenio Hartzenbusch.

LA MUERTE DE SAN LORENZO.

Os doy gracias, divino Jesús, por haberme socorrido y por que me habeis abierto las puertas del cielo. El rostro del mártir al pronunciar estas cristianas y resignadas frases, resplandecía con júbilo celeste, porque la palma del martirio le coronaba de gloria.

El grabado ha reproducido con admirable precisión el religioso sentimiento que embargaba su alma al entregarla al Señor de todo lo creado, y los que le rodean envidian al elegido, al que ya en el mundo de la verdad, de la fe y de las puras é impercederas alegrías, bendice su suplicio y ruega por los que muy pronto deben pagar con su vida el piadoso deber que cumplen, recogiendo su cuerpo y dándole cristiana sepultura (1).

Los sufrimientos físicos, la hoguera que consumió y calcinó sus miembros, fueron el crisol en donde el ilustre español, el hijo de la virtuosa Paciencia y de Orentio, purificó su alma alejándola de todo pensamiento terrestre, y á través de las blanquísimas y sonrosadas nubes, veía al Hijo del hombre, sentado á la diestra de Dios, ofreciéndole la conversión de Roma intiel y el triunfo de la sagrada Cruz.

La fe, la religion católica, es el áncora en los tormentos de la vida, el faro que en la sombría noche de los pesares ilumina nuestro corazon, y que nos presta sublime resignación; el sagrado freno que contiene las malas pasiones y la égida que siempre nos protege y nos consuela.

Los atractivos de una vida eterna, tranquila y exenta de amargura, la perspectiva de las celestes recompensas y el amor al infinito Sér, hicieron olvidarse á San Lorenzo de la multitud que aplaudia sus torturas, del tirano, de sus sarcasmos y hasta de los agudos dolores que el candente brasero le hacia sufrir, dándole aquel valor heroico que le hizo exclamar: «Estas áscuas son para mi un bálsamo.»

¡Feliz mil veces quien con tales merecimientos puede presentarse ante el trono de Dios!

Hinnova.

EN EL ALBUM

DE

ÁNGELES CÁRDENAS.

Siendo yo niño, mi madre
una Biblia me explicaba
cuando á leer me enseñaba
con tierna solicitud.
Incansable en su desvelo,
me enseñó con recto juicio
á que aborreciera el vicio,
dando culto á la virtud.

El infierno me asustaba,
y para darme consuelo,
pintaba entonces el cielo
con religioso fervor.
Así, exaltada mi mente
con tan bella poesía,
á los ángeles veía
junto al trono del Señor.

De entonces mi fantasía
anhela tender el vuelo
para llegar hasta el cielo
y ver ángeles allí.

(1) San Justino fué condenado diez años más tarde á muerte, siendo uno de los motivos el haber enterrado á San Lorenzo.

—¿Ángeles, niña, te nombras?
Yo quisiera ver aquellos,
porque deben ser muy bellos
si se parecen á tí

—¿Eres mujer, ó eres ángel?
Mujer, te sobran las galas;
ángel, te faltan las alas;
¡oh! ¡qué ángel! ¡ah! ¡qué mujer!
—¿Ángel de la Guarda, niña?
—¿Guarda! ¡mirarte es pecado!
—¿Mujer? ¡huye de mi lado,
porque eres nueva Luzbel!

Ángel, nunca te coloques
al alcance de mi mano;
¡de un pensamiento profano
por siempre libreme Dios!
Mujer, llévame contigo,
si quieres que al cielo suba,
al paraíso de Cuba,
donde nacimos los dos.

Teodoro Guerrero.

Madrid, 1856.

EL LIBRO DEL CORAZON.

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

PRIMERA PARTE.

Honra y amor.

Prólogo.

I.

Despejado estaba el cielo y cuajado de estrellas.
La luna brillaba.

La brisa, fresca y suave, hacia olvidar el calor sofocante que se habia dejado sentir á orillas del caudaloso rio que atraviesa la bellísima ciudad conquistada por Fernando el Santo.

Estamos en la noche del 20 de Julio de 1836.

Las doce acababan de dar.

El silencio era absoluto en toda la poblacion.

No se percibía otro ruido que el leve, confuso y lejano de las aguas del Guadalquivir, plateadas por los resplandores del astro nocturno.

El ambiente estaba embalsamado.

Era una de esas noches apacibles en que el espíritu se sublima, y aun pudiéramos decir que se embriaga con el sentimiento de delicias sin fin; una de esas noches en que las almas delicadas se extasían y gozan, sin que puedan decir en qué consiste su goce purísimo.

Esto no lo comprenderán los que no han vivido bajo el cielo sonriente de Andalucía, de esa tierra donde todo es poesía, todo es encanto; donde los corazones son de fuego como el sol que los vivifica, donde fuego son las imaginaciones y fuego el alma.

Sentada, ó más bien recostada indolentemente, inmóvil y con la mirada fija en el horizonte puro, estaba Magdalena, la única y bellísima hija de don Pedro de Sandoval; Magdalena, astro refulgente de la juventud sevillana, envidia de las mujeres y admiración y objeto de amorosa codicia de los hombres.

De par en par estaba abierto el balcon, cuya balaustrada quedaba enteramente oculta entre flores y verde ramaje.

Una luz encerrada en un globo de blanco cristal esparcía sus rayos, esclareciendo débil y dulcemente la estancia.

No tenía Magdalena más que diez y ocho años.

Su rostro, ligeramente moreno y ovalado, era de una belleza la más expresiva y sin igual.

Sus grandes ojos, rasgados y negros, y sombreados por finísimas y largas pestañas, estaban medio cerrados.

En aquellos momentos era la mirada de la jóven, más



EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACIÓN: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11. MADRID.

13 oct. 71

que melancólica, profundamente triste, y aun pudiera decirse que dolorosa.

Levantábase su pecho á impulsos de una respiracion acompasada y suave, y de vez en cuando exhalaba suspiros, que lo mismo podian ser de ternura que de honda pena.

Jóven, bella, rica, amada por su padre y por sus amigos y admirada de todos, ¿qué sufrimientos podían agitar el alma sublime de la encantadora Magdalena?

A su edad todo sonrie; es la edad de las esperanzas, la edad de las ilusiones, la edad de la dicha, en fin.

A los diez y ocho años las contrariedades de la vida no pueden constituir un tormento, porque se lucha con la seguridad de vencer, porque se mira á lo porvenir sin encontrar la más ligera nube en el horizonte, y porque aun la hiel de los desengaños no ha emponzoñado el alma, ni marchitado el corazón.

Grabado número 2.



Y sin embargo, Magdalena sufría; era muy desgraciada, tan desgraciada quizá como ninguna criatura, á pesar de su juventud, de su belleza y de su envidiable posición.

¿Amaba y no era correspondida?

Más que esto consistía su desgracia.

¿Era correspondida y encontraba obstáculos insuperables para la realización de su amoroso deseo?

Más, mucho más.

Magdalena habia amado, y no decimos que amaba, por que ignoramos si aún ardian en su pecho las llamas de su primera pasion.

¿Tal vez no ama ni era posible que amase?

Y tampoco en esto consistía precisamente su desgracia.

Nunca había olvidado sus deberes; no tenía que acusarse de la más ligera debilidad, porque en cuantas luchas habían provocado sus pasiones, su virtud había triunfado.

A pesar de todo esto, muchas veces Magdalena pronunciaba palabras que ahora no debemos repetir, y ocultaba el rostro entre las manos como quien se avergüenza y aun se horroriza al recordar sus propias faltas.

En presencia del mundo esforzabase la jóven para sonreír; pero sus sonrisas, impregnadas de tristeza, no podían comunicar á nadie la alegría.

Cuando se encontraba sola, como la noche en que la presentamos, entregábase á sus ideas desgarradoras y se olvidaba de todo, para no pensar más que en su desdicha.

Muchas veces brotaba abundante llanto de sus fascinadores ojos, llanto abrasador que cuidadosamente ocultaba á los ojos del mundo, porque nadie más que la infeliz podía comprender su dolor.

Un año hacia que se había operado en el carácter de Magdalena, un cambio que no pudo pasar desapercibido para los que la conocían.

Antes reía á todas horas con esa alegría exenta de temores y cuidados de la juventud, y de repente desaparecieron sus sonrisas, ó como hemos dicho antes, sus sonrisas eran melancólicas y tristes.

¿Cuál era la causa de este cambio?

Nadie la sabía ni pudo adivinarlo.

La causa no era desconocida para el padre de Magdalena; pero el mundo tuvo que contentarse con pronunciar la palabra «misterio.»

Y efectivamente, la hija de don Pedro de Sandoval llegó en poco tiempo á ser mirada como una mujer misteriosa.

Empero nadie puso en duda las virtudes de la jóven, y como era preciso suponer algo para explicarse lo que explicación no tenía, opinaron todos que el cambio de Magdalena, reconocía por causa un amor contrariado.

Todo lo que es misterioso excita vivamente el interés, y aunque esto sucedió con Magdalena, no hubo un hombre que se atreviese á solicitar su mano, pues ninguno quería representar el triste papel de esposo de una mujer que en lo íntimo de su alma pensaba en otro.

Parece que esto debía ser una desgracia más para Magdalena, y sin embargo, en esto consistió su dicha única.

La infeliz había nacido para amar; pero no quería ser amada, y por más que esto parezca muy extraño, era verdad.

Los hombres se alejaban de ella, y ella dió gracias á Dios porque el mundo la dejaba en paz.

Quería ocuparse solamente de sus tristísimos recuerdos; quería libertad para sufrir, libertad para llorar, y Dios se la había concedido.

Algún consuelo había de encontrar en medio de su horrenda desgracia.

Esta dicha, porque dicha era para la jóven, no debía durar mucho tiempo, y la turbó un hombre, que con ciega confianza de los nobles sentimientos de Magdalena, creyó que nada debía temer si ésta le decía que lo amaba.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Los honores de la semana teatral, justo es decirlo, han pertenecido á *La Beltraneja*, drama histórico, original y en verso, de los Sres. Retes y Echevarría.

Pero si cumplimos con un acto de justicia al consignarlo así, añadiendo que el público ha llenado todas las localidades del teatro Español en las representaciones que lleva, aplaudiendo con entusiasmo y llamando repetidas veces al palco escénico, tanto á los autores como á los actores, nuestro deber, nuestra conciencia de revisteros, nos obliga del mismo modo á emitir francamente nuestra humilde opinión, á pesar de no estar en todo conforme con la del público.

La Beltraneja es un drama, un verdadero drama, deliciosamente versificado; pero está muy lejos de ser un buen drama.

Nótase en todo el plan un desaliño que acusa la falta de costumbre en vencer las dificultades dramáticas, y tal vez la dualidad de ideas y de talentos que ha contribuido á su composición.

Ningún carácter está verdaderamente sostenido, ninguno es verdadero, no sólo ante la historia, sino ante el drama. Las si-

tuaciones, por más que algunas sean de efecto, no están preparadas con habilidad. Hay cierta inocencia en el modo de desembarazar la escena cuando se quiere que un personaje quede solo, inocencia parecida á la del niño que va derecho á lo que le llama la atención, sin advertir los tropiezos que revela el impaciente deseo del autor por llegar al monólogo, á la frase poética con que espera producir efecto.

El asunto, por lo demás, es de extremada sencillez, y se hacen necesarias interminables escenas, que suelen pecar de lánguidas é incidentes, que pudieran muy bien omitirse para ocupar tres grandes actos, que cansarían al espectador sin los buenos pensamientos de que está sembrada la obra y la sonora armonía de su rima.

Un campo, una casa y un templo: hé aquí lo que constituye la decoración del primer acto.

Rodrigo Cota, amado del pueblo por sus grandes cualidades de carácter, tanto como por su talento, vive en aquella casa en compañía de su hermana Serafina. Un don Lope galantea á ésta y solicita entrar en la casa, á lo cual el recato y la virtud de la dama se oponen. El exceso de cólera y despecho que manifiesta entonces don Lope se justifica tan poco, que al ménos avisado le ocurre la necesidad de aquella irritación para formar el drama. En efecto, sin ella el don Lope no tomaría la resolución atrevida sobre que descansa todo el argumento.

Esta resolución no se sabe entonces; es un golpe de efecto que el autor prepara. Cuando se sabe es después de la conversacion de Rodrigo Cota y Pacheco, en la que éste emplea todos los medios posibles para atraer á su interlocutor al partido de la reina, empleando como último recurso el conocimiento que tiene de los amores de Serafina. Rodrigo Cota no quiere creer en las aseveraciones de Pacheco, y éste entonces le pregunta lo que significa una escala que le muestra, y que pende, según creemos, de un balcón que se supone fuera de la vista del espectador. En tal momento es cuando conoce éste la resolución del despechado amante: no pudiendo entrar por la puerta, ha tomado un camino algo más peligroso, pero quizás más seguro para sus fines.

Rodrigo Cota va á penetrar en la casa con objeto de castigar al que mancha la pureza de su nombre y de su honra; mas Serafina le cierra el paso. La llegada de la reina y de su acompañamiento corta la situación difícil que hemos indicado y sus precisas consecuencias, teniendo la ventaja además de preparar otra verdaderamente dramática. Cuando la jóven reina, ó sea la Beltraneja, oye las quejas que le expone Rodrigo Cota pidiendo que se le haga pronta justicia, y le pregunta quién es y cómo se llama el reo del delito que acusa, preséntase don Lope.

La exclamación de la Beltraneja entrega al público el secreto: D. Lope, amante de la hermana de Rodrigo Cota, no es otro que el duque de Molina, de quien la Beltraneja está profundamente apasionada.

Esta es la exposición de la obra, exposición demasiado grande para una trama tan pequeña como la que conduce á un desenlace más pequeño todavía, pues aun no hemos comprendido el objeto de la escena final.

Ya en el alcázar de Segovia, la Beltraneja, que ha prometido hacer justicia, se rebela, no como reina, sino como mujer amante y celosa, del mismo modo que Serafina se manifiesta, no como súbdita, sino como mujer celosa y amante. El diálogo entre ambas produce mal efecto, porque ninguna está en carácter.

Pacheco, el hombre de confianza de la reina, quiere atraer á los intereses de ésta al hombre popular, á Rodrigo Cota, y la justicia que se le hace creyendo dejarle satisfecho, es concederle grandes mercedes. Rodrigo Cota considera esto como un nuevo ultraje; para él no hay más satisfacción posible que el casamiento del duque de Molina con su hermana: el sentimiento de la venganza se despierta en él, y vemos al hombre recto y de severos principios combinarle de una manera indigna.

Ya no se contenta con tomar una parte activa en las luchas políticas, aliándose con el marqués de Santillana y preparando al pueblo para una revolución que coloque en el trono á la infanta Isabel, sino que ha de herir el corazón de la infortunada reina, haciéndola conocer el misterio de su nacimiento; la reina es bastarda y hermana del duque de Molina: este, que no ignora el misterio, ha rechazado, por lo tanto, el incestuoso amor de la jóven reina, que se queja más de una vez de su desgracia con bellísimos versos; pero su inocencia le absuelve.

Los gritos sediciosos del pueblo «¡Abajo la Beltraneja!», — ella ni aún sabe que se la llama así, — son el principio de la revolución de una desdicha cuya extensión no sospechaba.

Por último, la Beltraneja se ve obligada á partir para Francia, donde ha de dar su mano al conde ó duque de Viena, dejando el trono libre á la infanta Isabel.

Al considerar las horas de soledad y tristeza que la esperan, la Beltraneja se entrega al más profundo dolor, pero en aquel instante aparecen el duque de Molina, Serafina y Rodrigo Cota, que se comprometen á no abandonarla.

Termina el drama oyendo la Beltraneja á su madre, en una capilla que se ve en el fondo, hacer á Dios la confesion de su falta, y confundiendo ambas sus lágrimas en un tierno abrazo.

* *

Este ligero bosquejo del asunto basta para dar á conocer algunas de las imperfecciones que anotamos antes; pero no revela sus bellezas, porque están precisamente en los detalles y en la ejecución.

En el acto primero, la abdicacion de la madre en la Beltraneja pudiera suprimirse, pues debia suponerse como cosa pasada.

Los detalles histórico-políticos son pesados y hacen languidecer la accion.

Algunas escenas son inútiles ó impropias de los personajes que en ella figuran.

El carácter de Rodrigo Cota no aparece tal como se le quiere pintar.

Al duque de Molina le falta colorido. Su actitud es casi nula en situaciones de gran interés, viéndose obligado á escuchar largas tiradas de verso sin decir: «esta boca es mia.»

Un lirismo quizá excesivo domina en toda la obra; pero está tan salpicado de pensamientos, tan nutrido de imágenes, que el auditorio siente á menudo la necesidad de aplaudir.

Y en efecto, los aplausos no escasean.



La situación en que Pacheco hace con el pañuelo una eña que puede producir dos resultados muy distintos, puesto que es la misma que ha convenido el marqués de Santillana con los suyos, es de mucho interés. El público desea saber con ansiedad si se levantará el pueblo ó si Rodrigo Cota será asesinado.

Hay otra escena bellísima en que el aplauso es unánime; aquella en que el duque de Molina, provocado por Rodrigo Cota, le refiere cómo conoció á Serafina y de qué manera despertó el amor en su corazón. Pero la verdad es que los aplausos deben dividirse entre los autores y el señor Delgado, que dice admirablemente aquellos versos llenos de ternura y poesía.

A la señorita Boldun, que es el alma del drama, deben se-

guramente los autores la mayor parte de su triunfo. No es posible representar su papel con más sentimiento y más arte.

En resumen: el drama gusta, la ejecución es esmeradísima por parte de todos los actores, y la *mise en scene* intachable; pero á pesar de todo, creemos que pasada esta ráfaga del teatro Español, caerá en el olvido. El género á que pertenece y el poco arte con que se desarrolla la accion, lo profetizan.

* *

Y vea usted lo que son los extremos del público, niño mimado que con facilidad se apasiona y con la misma facilidad aborrece. Mientras pone á *La Beltraneja* por las nubes, es de-

cir, mucho más alta de lo que merece, hunde en la Plaza del Rey la primera producción de un pobre joven, cuya familia contaba con ese recurso para subsistir algún tiempo.

Y en verdad, que *La línea recta* no era digna de tan severa censura.

Versificada con cierta maestría, carecía de igual mérito en el plan; más podía oírse sin enojo, y acaso una débil muestra de aprobación, sirviera de estímulo para creaciones de más valer.

De todos modos, las caritativas ó benévolas intenciones con que el señor Catalina puso, sin duda, en escena la citada obra, son tan dignas de elogio para nosotros como de vituperio las señales de desaprobación con que la recibió una parte del público, que parecía de antemano predispuesto en contra suya.

El elixir de mi abuelo, estrenada la misma noche, tuvo una suerte aún más desgraciada. ¿Qué podía esperar un *elixir* donde había fracasado una *línea*? Antes de levantarse el telón, y con la aquiescencia del abuelo ó sin ella, debió haber dicho, dirigiéndose al público: ¡*César, morituri te salutant!*

El Marqués de San Eloy.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS NÚMERO 1.

1. Capa Metternich.—Este lindísimo modelo es de lana dulce, azul y blanca, formando dibujo. Fleco ancho con borlas al rededor. La capucha va forrada con glasé blanco y adornada con pasamanería; en la punta una borla azul.

2. Bota de seda negra forrada con raso amarillo: botones de capricho.

3. Babucha de terciopelo negro con adorno y lazo escocés: hebilla de nácar.

4. Zapato de raso negro con barretas y botones. Este modelo es para traje de casa.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS NÚMERO 2.

Camisolin de escote cuadrado, adornado con encaje de Brujas.

Cofia para traje de casa, de muselina y encaje, el fondo ballonado con adorno de encaje y caídas de muselina: peinado formando, con tres torcidos gruesos, la castaña.

Camisolin para traje de casa con cuello vuelto, adornado con frivolidé y bordado: manga adornada con encaje de Brujas, igual al camisolin.

Manga igual al cuello vuelto.

Capucha de piqué blanco para niño, adornada con un rizado festoneado y guarnición escarolada.

Falda para bautizo de nansú, con entredoses bordados y un encañonado de nansú bordado, adornando el delantero: un ancho volante de lo mismo guarnece el borde de la falda por delante: manguita corta y gran lazo azul celeste con caídas.

Gorrito de entredos y encaje para bautizo: cinta azul celeste y adorno de la misma.

Cuello con cintas de terciopelo para vestido abierto y manga igual.

Cuello-fichú con dos tablas anchas, guarnecido con encaje inglés ó de Brujas: manga igual.

Cuello de última novedad, formando gola por detrás y solapas por delante: es de batista, adornado con tiras bordadas estrechas y cerrado con un lazo, forma de abanico: manga igual.

Otro cuello más ancho con solapas: tira ancha bordada, tableada; lazo igual y manga del mismo modelo.

EXPLICACION DEL FIGURIN EN NEGRO.

Vestido de terciopelo negro. La falda adornada con un volante de la misma tela, con dos guarniciones de encaje, un bias de terciopelo y cabecilla de encaje. Un plegado de terciopelo con bias y encaje, forma delantal por delante y por detrás, dos puntas que caen sobre la cola del vestido. Corpiño alto, berta formando punta, aldetas cortas por delante, cua-

dradas por detrás, y *puff*; adornado el todo con un volantito y doble encaje y en el centro un bias. Manga de codo con vueltas adornadas con encaje.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS ILUMINADOS.

1.º Sombrero de paja inglesa negra, muy alto de copa y con el ala levantada de ambos lados y cubierta con terciopelo negro; caída de glasé bordeada con un volantito; cerezas negras adornan la copa.

2.º Peinado *Maria Stuart* para baile ó teatro: la castaña ondulada y con largos tirabuzones; un adorno de geránios rosa con follaje, completa este precioso modelo.

3.º El mismo peinado visto por detrás: para teatro pueden suprimirse los geránios, y en su lugar colocar con gracia una sola flor con follaje.

4.º Pelerina-fichú de seda color violeta, adornada con *soutache* negra y encaje. Esta pelerina está abierta por delante con solapas, ajustada al talle con un cinturón, formando por delante una aldetita con solapas.

5.º Sombrero para paseo: de terciopelo real negro, adornado con una pluma negra, una rosa grana á un lado, y caídas y rizados de cinta verde mar.

6.º Sombrero de crespon negro con el bavolet y adornos de terciopelo azul celeste; caída de encaje negro y pluma de pájaro del paraíso.

7.º Cuello vuelto, ancho, de batista bordada y encaje; un caprichoso lazo de cinta rosa lo cierra.

VARIEDADES.

En las noches de invierno es en extremo grato que, una vez reunida la familia y despues de alguna sabrosa plática, se entreguen á la instrucción que proporciona la lectura, y nada más á propósito para este objeto que los bellísimos libros que nuestro ilustrado amigo y colaborador, el señor don Teodoro Guerrero, acaba de publicar, *Lecciones de mundo y Lecciones familiares*; son un verdadero hallazgo para todos aquellos que busquen la moralidad unida á los pensamientos elevados y á la corrección de lenguaje.

También se está imprimiendo, y en breve verá la luz pública, un tomito de la empresa de EL ÚLTIMO FIGURIN, titulado *¡Hija, Esposa y Madre!* original de la directora de este Semanario la señora Baronesa de Wilson, cuyo tomo llevará el retrato de su autora, y cuyo precio será para los suscritores del EL ÚLTIMO FIGURIN el de 4 rs. y 6 para los que no lo sean, de cuyo libro nos abstenemos de hacer elogios, por las consideraciones que fácilmente comprenderán nuestros lectores.

En el presente número damos principio á una novela del distinguido escritor D. Ramon Ortega y Frias, titulada *El libro del corazón*.

No será este el último sacrificio que en favor de los suscritores hará esta empresa.

El domingo próximo se inaugurará la Exposición de Bellas artes.

A pesar de la serie de artículos críticos que ofrecemos hoy, y que suponemos serán del agrado de nuestros lectores, nos anticipamos á darle la noticia de que, segun nuestros informes, las mejores obras presentadas en la sección de pintura son: *La muerte de Séneca*, del Sr. Domínguez; *La muerte de Cleopatra*, del Sr. Rosales; *El Dos de Mayo*, de Palmaroli, y algunos retratos.

Esto es lo que verdaderamente sobresale.

En la sección de escultura descuella la estatua ecuestre de San Jorge, cuyo mérito y composición admiran los inteligentes, una Santa Teresa y un torero.

La inauguración promete estar muy animada.

MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.